

5.^a «Rehabilitacion al cardenalato de Pedro y Jacobo Colonna, depuestos por Bonifacio, con devolucion de todos los bienes confiscados á la familia de Sciarra Colonna, y además la promocion á la dignidad cardenalicia de los sujetos que se propondrán por el Rey.

6.^a «Esta condicion queda secreta y reservada por su gravedad é importancia, á su tiempo y lugar se dará razon. Presentadas y admitidas las precedentes condiciones, el Arzobispo juró cumplirlas por el *Corpus Domini*, es decir, juró por el santísimo Sacramento del Altar, ¡qué sacrilegio! y en garantía y rehenes, para mayor seguridad del Rey, dió á su hermano y dos de sus sobrinos (1); en cambio el Rey juró y prometió procurar su promocion á la cátedra de San Pedro.»

Esta es la relacion del cronista Villani, á quien siguen muchos autores de grande autoridad (2) al ocuparse de la eleccion de Clemente V. ¡Qué oprobio para estos dos personajes, convertirse en traficantes de poderes tan respetables y sagrados para el mundo cristiano! ¡que baja para uno y otro! Sin embargo, se ve claro que con este ilícito comercio, ambos satisfacian á un tiempo su desmedida ambicion; pero lo más sensible de todo fué la consecuencia de este tráfico; el sacrificar á sus bastardas pasiones, dando un grande escándalo, un número considerable de víctimas, las cuales debian ser dentro de poco el objeto de una persecucion cruel é inhumana, que hace recordar la de los primeros siglos de la Iglesia, y cuya triste y espantosa memoria durará hasta la consumacion de los siglos.

El 5 de junio de 1305 fué elegido Papa Bertran de Goutt, Arzobispo de Burdeos, que tomó el nombre de Clemente V. Esta eleccion á la suprema dignidad de Pastor universal, de Pontífice máximo, de Vicario de Jesucristo y sucesor de san Pedro, fué el golpe de fortuna para el Rey de Francia, por cuanto podia decirse con verdad que tenia su Papa, un Papa que le debia cuanto era, y que por consiguiente le pertenecia por haber jurado estar á sus órdenes con ciega obediencia.

Apenas Bertran de Goutt fué elegido Papa, el Rey de Francia se apresuró á felicitarle, y desde luego á entablar asuntos tan gravísimos que, segun documentos oficiales, á excepcion de los dos soberanos, nadie más podia saberlo. Este secreto debia ser religiosamente guardado; no obstante el Rey con cínica hipocresia se vió precisado á rogar al Papa le permitiese comunicar el misterioso secreto á tres ó cuatro de sus ministros.

(1) Como un castigo del cielo, el día de la coronacion un hermano del Papa murió en Lion aplastado.

(2) Villani, siglo XIV; San Antonino de Florencia, siglo XV; Raynaldi, Baronio, Papire, Masson, Naclerus, Ciaconius, Sponde, Fleury, Dupin, PP. Alexander, Pagi, Daniel, Mariana, Vertot; Illescas, Vi-
das, de los Papas, Barña. 1606; P. Maestro Flores.

En efecto, el Papa condescendió á la peticion; este secreto no era otro que la trama urdida contra la Orden de los Templarios que debia llenar la sexta condicion del compromiso de San Juan de Angely.

El 14 de noviembre Clemente V fué coronado en la Iglesia de San Justo de la ciudad de Lion. En esta fiesta ocurrieron ciertas circunstancias que fueron un presagio funesto de los lamentables sucesos que tuvieron lugar durante su pontificado. Concluida la coronacion, el Pontífice se dirigia á Palacio con régia y aparatosa comitiva, cabalgando segun antigua costumbre de la corte romana, y rodeado de cardenales, príncipes y prelados. El orgulloso Rey de Francia iba á pié teniendo la brida del caballo que montaba el Papa, repartiéndose los demás príncipes por turno el mismo honor; pero al llegar á cierto punto, un muro se desplomó aplastando á muchas personas, entre ellas Juan II duque de Bretaña, que tenia el freno, el Conde de Valois, Guillermo, hermano del Papa, y otros que quedaron muertos y heridos. El mismo Papa quedó derribado, y en su caída perdió un carbunclo de la tiara evaluado en 10.000 florines (1).

Los italianos juzgaron desde luego este accidente como un mal presagio para la Santa Sede y mucho más cuando supieron la resolucion de permanecer en Francia; por lo que el cardenal Mateo de los Ursinos, decano del Sacro Colegio, dijo al cardenal De Prato: «Vos nos habeis engañado, obteniendo lo que deseabais, ver la corte romana á la otra parte de los Alpes; yo os predigo que vos no la veréis volver de largo tiempo á Italia, pues conozco muy bien el genio de los gascones.»

Otra de las acusaciones que entonces se hacian contra Clemente V por su permanencia en Francia y establecimiento definitivo en Aviñon, era por su afecto é íntimas relaciones que tenia con la hermosa Condesa de Perigord, hija del Conde de Foix, la cual seguia á Clemente por todas partes (2).

Desde el principio hasta el fin, el pontificado de Clemente V hasta su muerte fué una continuacion no interrumpida de concesiones y condescendencias no siempre justas en favor del Rey de Francia, ya bajo un aspecto, ya bajo otro; de manera que parece que el único cuidado que preferentemente ocupaba al Pontífice consistia en complacer en un todo á Felipe el Hermoso. A instancia de dicho monarca el Papa expidió una Bula por la cual absolvía al Rey de los actos violentos é injustos de haber expulsado, despues de haber maltratado á unos, y permitido asesinar á otros, á los judíos residentes en su reino, y haberse apropiado sus bienes,

(1) Conato, Chronica, Clemente V, Bolandistas, dice: «Esta joya desprendida de la tiara fué pronóstico de la desgracia que iba á sufrir una Orden, esto es una piedra preciosa separada del cuerpo místico de la Iglesia.»

(2) Villani, lib. 9, cap. 58; Sanct. Antonin. Florent. de Concilio Vienn., tit. 21, paraf. 3.

dispensándole de la restitucion, así como de los pertenecientes á la Iglesia; en dicha Bula añadía la absolucion de los sacrilegios cometidos en Anagni contra la sagrada persona de Bonifacio VIII en favor de Nogaret y Sciarra Colonna, con tal que cumplieran la penitencia que les seria impuesta por el Pontífice.

El 15 de diciembre, miércoles de las témporas de Santo Tomás, con otra Bula devolvió á Jacobo y Pedro Colonna la dignidad cardenalicia, de la cual por su rebeldía é intemperancia habian sido depuestos por Bonifacio, promoviendo además á la misma dignidad á nueve prelados franceses (una de las condiciones estipuladas en San Juan de Angely), entre los cuales, además de tres parientes del Papa, merecen especial mencion el célebre Pedro de la Chapelle Taillafer, obispo de Beziers, Estéban de Suisy, vicescanciller, Arnaldo de Pelegrue y Raimundo de Goult, hermano del Papa, todos los cuales se distinguieron de un modo especial en la persecucion de los Templarios.

Antes de salir de Lion publicó otra Bula, revocando la expedida por Bonifacio, que empezaba *Clericis Laicos*; primera chispa, segun Bossuet, de las desavenencias del Rey de Francia con dicho difunto Papa. En cuanto á la otra, *Unam Sanctam*, no la anuló del todo, pero declaró que ella no hacia referencia al Rey, y por consiguiente no le era perjudicial ni injuriosa, concediendo por dicha Bula las décimas del clero por espacio de cinco años en favor del monarca francés (otra de las condiciones).

En 1.º de enero de 1306, el Papa autorizó al Rey para proveer las prebendas vacantes que resultasen en los Cabildos catedrales y Colegiatas con derecho de provision apostólica y nombramiento de obispados.

Clemente pasó lo más riguroso del invierno en Lion, y deseando volver á Burdeos, emprendió el viaje para dicha ciudad á últimos de febrero, deteniéndose cinco dias en la abadía de Cluny, donde causó grande gravámen á aquellos monjes, ya por ser amigo de la magnificencia, ya por ir seguido de un gran número de cardenales, prelados, oficiales subalternos, curiales y servidores de toda clase; en Macon, Nevers y Bourges descansó causando no pocos gastos á dichas ciudades para su obsequio; en Limoges se hospedó en el convento de Dominicos, más tarde en Perigueux, y por último llegó á Burdeos. Estos viajes fueron muy censurados por las exacciones y vejámenes que su numerosa corte y séquito ocasionaron en todos los puntos por donde pasaba, de manera que el clero tanto secular como el monacal no pudo menos de lamentarse y quejarse amargamente de semejantes viajes, que eran la ruina y miseria de sus comunidades. De estas quejas se hizo eco Felipe el Hermoso, el cual escribió al Papa una carta que hirió de un modo terrible el amor propio de Clemente V.

Felipe el Hermoso, conociendo perfectamente el carácter débil y condescendiente del Papa, no le dejaba un momento de reposo, y abrumán-

dole con sus impertinencias lograba cuanto apetecía, por injusto que fuese, de manera que alcanzó el derecho de colacion para agraciarse á sus allegados, amigos decididos, servidores rastreros y apasionados, con las colocaciones más pingües, con las primeras prebendas y sillas del episcopado francés. Los hombres más despreciables por su bajeza, pero acérrimos defensores del monarca, eran recompensados con las más altas dignidades de la Iglesia, y la virtud y el mérito y los servicios prestados á la religion quedaban pospuestos y sin premio ni recompensa; que tal es por desgracia la condicion humana, y tanto hoy como entonces viene observándose con pocas excepciones el mismo sistema é idéntico modo de proceder:

Mas el rey de Francia llegó á tal abuso é importunidad con sus exigencias para la provision de dignidades eclesiásticas, que el Papa se determinó á hacer un esfuerzo, negándose á una peticion del rey, el cual en una carta, afectando informarse con gran solicitud, que no era más que hipocresía, del estado del Papa, y mucho anhelo de saber de su salud, le pedía al propio tiempo la provision de un obispado.

Clemente V le contestó: «Hemos recibido con satisfaccion las cartas con las cuales Vuestra Grandeza como hijo apasionado pide noticias de su padre. Si bien es verdad que hemos estado durante algunos dias muy molestado del reuma, no obstante ahora con la gracia de Jesucristo gozamos de perfecta salud.

«En cuanto á las Iglesias para cuya provision Vuestra Grandeza nos ha escrito, queremos que sepais que hemos determinado por esta vez reservarnos el derecho de proveer y nombrar con la ayuda de Dios á personas agradables al Señor, á Nos y á Vos, y útiles á sus Iglesias y á sí mismos.»

A pesar de esta contestacion el rey no se dió por entendido, y continuó con solapada hipocresía la cordialidad entre él y el Papa, manifestándole siempre un grande interés por su salud, tratándole como á un padre muy querido. La más ligera indisposicion de Clemente proporcionaba una inquietud inexplicable al rey, por cuanto temia que, si aquél moria prematuramente, no podria alcanzar el fruto de sus tenebrosos trabajos, de sus tramas y maquinaciones que en aquellos momentos tenia entre manos.

A fin de realizar sus proyectos con más seguridad, con su maquiavelismo habia obtenido del Papa la promesa de no abandonar la Francia, y que fijaria su residencia en Aviñon.

En efecto Clemente cumplió su palabra, y fué el primer Papa que estableció la Sede Apostólica en dicha ciudad, lo cual fué el origen de cismas y grandes calamidades para la Iglesia.

Desde mediados del siglo XIII es verdad que la estancia de los Papas en Roma se habia hecho casi insostenible por razon de la guerra implacable que se hacian los Güelfos y Gibelinos. La aristocracia romana se ha-

llaba dividida en dos bandos y dominaban por completo en Roma con desprecio de la autoridad pontificia, por cuya causa Perusa, pues estaba dentro del territorio de san Pedro, se habia convertido en la residencia habitual de los Papas.

Clemente V tuvo la debilidad de trasladar la Sede Apostólica á la otra parte de los Alpes; y así se sujetó á la presión implacable del rey más tiránico de aquel siglo, la cual fué ejercida de un modo el más indigno, pesando terriblemente sobre el Soberano Pontífice.

Y si bien parecerá á muchos que en este caso el Papa debía manifestar más firmeza, energía y resolución, para no dejarse dominar de aquel rey, sin embargo, es preciso considerar y tener presente lo que habia mediado antes y despues de la elección, así como que las circunstancias en las cuales se hallaba no se lo permitian; así es que complaciendo á Felipe el Hermoso, el Pontífice se convirtió en vasallo y súbdito del rey de Francia. De ahí la necesidad de la independencia del Papado para el buen gobierno de la Iglesia universal, y que aquella debe ser una condición indispensable para el libre ejercicio del poder espiritual, gozando de la posesión de territorios exclusivamente del Pontífice.

Consideramos oportuno poner en este lugar las reflexiones que con este motivo ha publicado sobre el asunto el Obispo de La Rochela:

«De todos los males que resultaron de la división entre Bonifacio VIII y Felipe el Hermoso, el más desastroso fué sin contradicción el que engendró el cisma. Jamás hubiera tomado creces, si se hubiese dejado á la Iglesia gobernarse por ella misma y respetado sus sagradas leyes; cuando siguiendo las reglas de los santos Cánones, ella escoge por sí misma su jefe, todo está dentro de su orden, y el cielo bendice una elección que él sanciona y que viene á ser su obra.

«Felipe el Hermoso quiso mezclarse en el gobierno de la Iglesia, y por sus intrigas la tiara en 1305 es colocada sobre la cabeza de Bertran de Gontt que toma el nombre de Clemente V.

«Primera calamidad.

«El Papa cumple la palabra que habia dado al rey de fijar su residencia en Aviñon, y en esta época comienza para la Iglesia Romana aquella cautividad que se la ha comparado con la de los judíos en Babilonia.

«Segunda calamidad.

«Los Pontífices sucesores de Clemente V, desatendiendo este aviso del Espíritu Santo, «Si el espíritu de Aquel que tiene el poder se comunica á vosotros, no abandonéis el lugar de vuestra morada;» habitaron en Aviñon, es decir pasaron más de 70 años en un destierro voluntario.

«Tercera calamidad.

«¡Qué de lágrimas derramó la Iglesia durante estos días de luto para

el universo católico! La ciudad eterna quedó casi desierta; la Italia estaba entregada á la efervescencia de toda clase de pasiones, al espíritu de sedición y revuelta. El catolicismo todo entero se resentía de esta situación irregular del Jefe de la Iglesia: más tarde los franceses, despues de los tristes debates de Bonifacio con Felipe el Hermoso, no tuvieron el mismo respeto que antes habian tenido por los Soberanos Pontífices.

«El clero, que los Antipapas habian agobiado con cargas, como para castigarle por haberles reconocido á la sombra del rey; la Universidad de París que veía con pena que hombres instruidos formados en su escuela fuesen privados de los beneficios de que ella les creía dignos, todo se unía para sacudir un yugo que parecia intolerable. Se imploró para esto el socorro del rey, del senado y de los grandes del reino, lamentándose de las cargas insostenibles que no se querian tolerar más.

«La autoridad secular secundó poderosamente al clero; pero ¿qué resultó de todos estos disgustos y de esta mezcla de poder civil y eclesiástico? un inconveniente notable.

«Otra calamidad.

«Pues los doctores de París y principalmente los jurisconsultos se creyeron y se juzgaron con derecho de examinar hasta donde podia llegar ó debia limitarse la autoridad de un Soberano Pontífice. Una pretensión llama otra inmediatamente; no tardaron en persuadirse que á ellos tocaba y pertenecía el impedir que, en perjuicio del clero del reino, la autoridad pontificia traspasase los límites que habian sido fijados por Jesucristo; ellos se constituyeron de esta suerte en jueces. Se arrogaron á sí mismo la libertad hasta de escudriñar la extensión de los derechos que podían tener los Concilios ecuménicos, de tal manera que se acordó decir que ellos obraban bajo la influencia del Espíritu Santo.

«Esta marcha era muy alarmante, y por poco que se estudie el corazón humano, no impedirá de verse en esto una tendencia hácia la herejía.

«La alta idea que tenían nuestros padres de la dignidad de los Papas les hizo desear que ellos fijasen su residencia en Francia, pero la Francia no habia sido destinada por el cielo para ser la morada del Vicario de Jesucristo. Desde el instante que comenzó esta habitación irregular, según lo demuestra el sabio Genebrard, la figurá, antes tan bella y radiante, de la Iglesia perdió todo su antiguo esplendor.

«La Francia que ofrecía la hospitalidad á los Papas que ella se habia dado, creyó que tenia derecho de ser recompensada; pidió y obtuvo favores jamás oídos hasta entonces. Los santos cánones fueron enervados, y no se hizo caso de esta ley divina: «A los seculares las cosas seculares, al clero las cosas religiosas.» Esta transmigración, peor que la de los israelitas á Babilonia, acostumbó á los desgraciados Pontífices de Aviñon

á olvidar que un Papa es el hombre de la Iglesia entera y no de una sola nacion. En queriendo favorecer á la Francia y á los príncipes á expensas de la religion de la cual se proclaman ellos los jefes, instituyeron un principio destructor de las observancias regulares y de la disciplina eclesiástica, y todos los derechos fueron alterados y confundidos (1). »

Es demasidamente positivo que Clemente V durante todo su pontificado estuvo á merced del Rey; bajo su implacable presion y dominio, rodeado de asechanzas y sin seguridad sostuvo alguna vez una lucha desigual y terrible, en una palabra una lucha del débil contra el fuerte, hasta que cedió del todo. El proceso seguido contra Bonifacio VIII fué para el Rey como la espada de Damocles suspendida perennemente sobre la cabeza del Papa, con cuya arma se aterraba al Pontífice, y por este medio Felipe el Hermoso alcanzaba cuanto queria. Y así fué como obtuvo la condenacion del Temple.

El Rey de Francia decia á Clemente V: « Entrégame los Templarios, más claro, condena la Orden del Temple, y yo abandono el proceso de Bonifacio. »

Clemente V estando en Lion habló al Rey de Francia de su vehemente deseo de predicar una nueva cruzada para la recuperacion de la Palestina, á lo que manifestó Felipe su complacencia y adhesion, prometiendo su apoyo, auxilio y cooperacion pero con siniestro plan. A este objeto en 8 de junio de 1306 el Papa expidió un breve dirigido á los Grandes Maestres del Temple y del Hospital, para que luego de recibido se presentasen en Francia, á fin de resolver con sus informes y parecer la nueva cruzada que proyectaba. El Gran Maestre del Hospital fray Guillermo de Vilaret, gentil hombre provenzal, se hallaba en aquel entonces en Ultramar, meditando la empresa de atacar á Rodas, y crear un establecimiento para la Orden en aquella isla. Esta conquista la realizó Foulques de Vilaret, Gran Maestre, hermano del anterior, que habia muerto en aquel intervalo, entrando en Rodas el 15 de agosto de 1310. Clemente se interesó mucho en aquella empresa, dando de su tesoro 90,000 florines, y Guillermo de Vilaret se excusó de presentarse en Francia, con motivo del plan que meditaba.

Jacobo de Molay, Gran Maestre del Temple, al recibir el Breve del Papa obedeció al momento, y esta obediencia tal vez fué la desgracia de la Orden. Tambien se hallaba este Gran Maestre en Chipre (Ultramar) ideando nuevas empresas en favor del Cristianismo; no obstante su deber le llamaba á Europa, según mandato del Papa, y así lo verificó.

(1) La France et le Pape, por monseñor Villecour, obispo de La Rochela.

El estado siempre ruinoso de la Hacienda real obligó al Rey á modificar y hacer cambios periódicamente en la moneda, lo que causó motines en París é hizo estallar una imponente revolucion.

Pero antes habia precedido una de aquellas catástrofes que hacen estremecer por su iniquidad y barbarie; hablamos de esa raza israelita, siempre proscrita y en todas partes con la maldicion de Dios, que no obstante pertenece á la humanidad y es digna de compasion. El 22 de julio de 1306 Juan de S. Just, el chantre de Albi, el senescal de Tolosa y Guillermo de Nogaret, por orden del Rey se apoderaron en Tolosa (y los senescales de todas las provincias con órdenes secretas practicaron lo mismo) de todos los judíos, sujetándolos á los tormentos para que descubrieran todos sus tesoros y riquezas; y secuestrados todos sus bienes inmuebles fueron vendidos é ingresaron en el tesoro real, siendo muchos de aquellos infelices asesinados bárbaramente por la plebe, y por último expulsados del reino bajo el pretexto de usuras, impiedades y prácticas repugnantes.

Las riquezas que poseian los israelitas en Francia eran inmensas, y todas por la avaricia de Felipe el Hermoso entraron en el tesoro real. Fué tal el escandaloso reparto que de los bienes de los judíos se hizo, que la reina Maria, viuda de Felipe el Audaz, y por consiguiente madre de Felipe el Hermoso, tuvo parte en este injusto despojo; y teniendo más tarde algunos escrúpulos sobre este particular, se dirigió al Papa Clemente V para tranquilidad de su alma, y dicho Papa le ordenó aplicase aquellas sumas mal adquiridas en favor de la Palestina, y la absolvió.

Codicioso hasta lo sumo el Rey de Francia, y no bastando sus rapiñas para salir de apuros, volvió á dar órdenes para cambiar de nuevo el valor de la moneda, lo que causó una perturbacion general y un motin espantoso en París que precisó al Rey á ampararse en la fortaleza del Temple en donde le sitió el pueblo, se vertió la sangre de muchos sediciosos y se calmó la revolucion, pero no se calmó la sed de riquezas. Las de los Templarios eran cuantiosas y sus bienes inmensos; á ellos, pues, dirigió sus ávidas miradas, y así como supo imputar á los judíos la avaricia, usura, iniquidades y crímenes espantosos, para tener un pretexto á fin de apoderarse de sus riquezas, del mismo modo proyectó acusar y calumniar á los Templarios de blasfemia, herejía y sodomía, y por este medio perseguir á todo trance dicha Orden hasta lograr su objeto, que era su abolicion, y con ella incautarse de todas sus encomiendas y tesoros.

Pero para conseguir este resultado era indispensable preparar el terreno; por lo tanto empezóse á propagar entre la plebe, pero sordamente, que los Templarios observaban una vida relajada, que en sus conventos cometian no solamente actos vergonzosos contra la naturaleza, sí que tambien de idolatria con todo género de impiedades. Este plan infernal, apoyado con relatos falsos y calumniosos, cuyos autores eran el mismo